



REY

LA FILOSOFIA  
MODERNA

B792

R4



1020024742

ABEL REY  
PROFESOR DE LA SORBONA

LA FILOSOFIA MODERNA



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. de

Núm. An.

Núm. Añ.

Residencia

Có

logó

190

2456

36760

-8-

*Rey*

BIBLIOTECA DE IDEAS Y ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS

ABEL REY

PROFESOR DE LA SORBONA

# LA FILOSOFIA MODERNA

TRADUCCIÓN DE

MANUEL PUMAREGA

100245



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

M. AGUILAR  
EDITOR  
MARQUÉS DE URQUIJO, 39  
MADRID

36760

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

100  
R

B792  
R4



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. J. Pueyo. Luna, 29  
Teléfono 10864. - Madrid

## PRÓLOGO

**E**SPERO que nadie creerá que he tenido la pretensión de tratar en trescientas páginas de la "filosofía moderna" en el pleno sentido de esta expresión. Solamente he querido hacer una *sucinta exposición de la forma bajo la cual se plantean a la hora presente los grandes problemas de la filosofía*, título que sería mucho más adecuado a esta obra si las cubiertas de nuestros libros se prestaran a semejante dilatación.

A partir del momento en que, al despertar de la razón humana, se plantearon estos grandes problemas, siempre han sido en el fondo los mismos y siempre, sin duda, seguirán siéndolo: problema de la materia, problema de la vida, problema del espíritu, problema del conocimiento, problema de la acción y la conducta; en una palabra, problema de los orígenes, de los fines y de la naturaleza última de las cosas. Lo único que ha diferido en cada época y les ha dado su color local ha sido la manera como se han planteado, los términos en que se han enunciado, porque estos términos han reflejado siempre las preocupaciones particularmen-

te dominantes del momento. Y sabido es que estas preocupaciones han variado con harta frecuencia desde la aurora de los tiempos históricos.

Lo que yo he pretendido ha sido mostrar, sin penetrar en las doctrinas tan múltiples y tan diversas que se disputan hoy la adhesión de los espíritus, cómo bajo el dominio de nuestras preocupaciones inmediatas la manera como se plantean los problemas filosóficos parecía estar en vías de renovarse. He desdeñado deliberadamente las investigaciones parciales—tan interesantes a veces—y las tentativas aisladas, las actitudes excepcionales, para bosquejar las corrientes ideológicas más generales. Me apresuro a decirlo para que no se busque aquí lo que no podría hallarse. Se necesitaría otro libro entero, y acaso varios, para exponer, siquiera fuera sucintamente, el estado actual de las diferentes investigaciones que nos hemos habituado a designar con el nombre de filosóficas. Me he esforzado aquí por desatender todas esas investigaciones especiales y estudiar, no los problemas particulares suscitados por el número y la extensión, la lógica y las matemáticas, sino el problema general de la matemática; no los problemas particulares de la materia, la vida, la vida psicológica y social, la teoría del conocimiento, sino el problema general de la materia, el de la vida, el del espíritu, el problema moral y el problema del conocimiento. He considerado las cosas desde el punto de vista más general y más sintético a que me ha sido posible elevarme.

No ignoro los peligros de estos resúmenes y estas síntesis. En primer lugar, no hay peor juez

que los contemporáneos para un movimiento ideológico o una evolución histórica. Esto es un lugar común trivial. Además, el movimiento filosófico, que por razón natural afecta a las ideas más abstractas y más sistemáticas, que son también las más profundas y oscuras, es de todos los movimientos ideológicos el que menos se presta a una descripción sumaria y sintética. Las doctrinas filosóficas son por la fuerza de las cosas un dominio reservado casi en absoluto a los especialistas, a aquellos preparados por estudios particulares para entenderlas bien. Dar a estas doctrinas una forma accesible a todos, difundirlas, es vulgarizarlas—en el peor sentido de la palabra—y desfigurarlas. Esta segunda dificultad he podido apreciarla yo tanto como cualquiera en la enseñanza y en las conferencias populares. Todos mis esfuerzos han ido encaminados a bordear, en la medida de lo posible, este doble escollo.

He creído distinguir en la filosofía contemporánea una doble orientación en opuestos sentidos. Los unos, atraídos cada vez más por los considerables progresos de las ciencias positivas, encuentran completamente satisfecho su espíritu con sus métodos. No creen poseer *toda* la verdad. Lejos de esto, se dan perfecta cuenta de que no poseen sino fragmentos dispersos e ínfimos. Pero se sienten afectados por el hecho de que todo lo que se considera como cierto y todo lo que logra satisfacer su espíritu sólo ha podido adquirirlo el hombre por el método científico y exclusivamente por él. La ciencia y sólo la ciencia le permite saber. Los otros no se sienten completamente satisfechos con

el método científico. Su espíritu y, sobre todo, su corazón, experimentan necesidades diferentes que dicho método es incapaz de satisfacer. Estos se dividen en dos grupos.

El primero—que pierde de día en día importancia e interés—apenas es otra cosa que una supervivencia del pasado. Está formado por quienes tienen el espíritu demasiado absoluto y demasiado simplista y son a veces harfo orgullosos y también a menudo excesivamente ignorantes para contentarse con una actitud puramente positiva. No pueden resolverse a ignorar aquello sobre lo que no se sabe nada todavía—y a confesarlo con modestia. Esta es la causa de que sientan cierto desdén por esta ciencia que avanza tan penosa y lentamente, con tantos avatares y rodeos, a la conquista de la verdad. Ellos quieren conseguir esta verdad en seguida y por entero, y encuentran que los métodos científicos no nos dicen nada bastante completo y bastante absoluto. Así, su dogmatismo busca los fundamentos de la verdad y la moral, un sistema definitivo e integral de las cosas. Lejanísimos herederos de los antiguos metafísicos racionalistas, de los cartesianos, de Leibnitz, de Kant, de Fichte o de Hegel, no han aprendido nada de los tiempos nuevos. Se quedan en metafísicos, en perseguidores de lo absoluto, y como apenas si pueden rehacerse ya los grandes metafísicos y como muchos de ellos no tienen los extensos y precisos conocimientos científicos que siempre tuvieron los grandes metafísicos, vienen a ser, con raras y nobles excepciones, epigonos que acomodan los antiguos sistemas de una manera anticuada a un vago

eclecticismo. Este movimiento metafísico y absolutista tiene todo el aire de sobrevivirse a sí mismo. Escolástica nueva, casi no tiene ya influencia y representantes sino en la filosofía escolar. De ellos sólo hablaremos aquí para mostrar de dónde han partido, a qué se han opuesto y con qué han reemplazado las corrientes nuevas.

El segundo grupo, en lugar de desdeñar e ignorar la ciencia, como lo hace en general el primero, le presta una grandísima atención, una importancia grandísima y la conoce muy bien. Por eso reúne en verdad a todos los que se alzan de una manera vivaz, original, interesante, frente a los partidarios exclusivos de la disciplina científica, frente a los puros y verdaderos positivistas (1). A la vez que critica esencialmente el intelectualismo y el racionalismo de estos últimos, este segundo grupo pretende utilizar la ciencia para fines ajenos a ella y a veces contrarios. Ve en el hombre, junto a la inteligencia y la razón, que por lo demás son a su juicio sus facultades más superficiales, un fondo infinitamente más rico de sentimientos, instintos, ten-

(1) Como esta palabra, tomada en su sentido estricto, designa tan sólo a los fieles discípulos de Comte, y como a veces se ha empleado en los sentidos más diversos, la substituiremos preferentemente por la palabra *cientifista*. Este neologismo tiene la ventaja de evitar todo equívoco. Cuando yo hablo del positivismo contemporáneo, cuando hago acto de adhesión al positivismo, no quiero, en efecto, adherirme a la doctrina de Comte, sino aceptar simplemente, en el sentido en que Berthelot, por ejemplo, hubiera tomado estas expresiones, todas las enseñanzas de la ciencia positiva y nada más que ellas.



dencias, necesidades y aspiraciones intraducibles en ideas claras, distintas y definidas, irreducibles a la inteligencia razonable, *ininteligibles* en el sentido etimológico de la palabra. La ciencia, creación de la inteligencia y la razón, sólo sirve para asegurar nuestro dominio eficaz sobre la naturaleza. La ciencia sólo nos enseña a utilizar las cosas; no nos enseña nada sobre su esencia. En el fondo irracional de nuestro ser, incluso con frecuencia en lo subconsciente, es donde debemos buscar lo que somos y lo que es la naturaleza toda, de dónde venimos, adónde vamos y hacia qué tendemos. Las aspiraciones de nuestro corazón, nuestros más oscuros instintos saben bastante más acerca de esto que los esclarecidos veredictos de nuestra razón. La ciencia, que no es de desdenar, sólo es un saber secundario. El verdadero saber hay que ir a buscarlo a otra parte, en nuestras ideas morales, en nuestras intuiciones sentimentales, en nuestras creencias religiosas. La ciencia nos asegura las satisfacciones materiales. No nos proporciona ninguna satisfacción espiritual. Este movimiento se ha manifestado, como todas las cosas muy vivas, de una multitud de maneras sumamente diversas y casi contradictorias a veces. El pragmatismo con todos sus matices es su expresión sintética.

En este estudio he procurado, pues, esencialmente oponer el punto de vista positivo, "científico", al punto de vista "pragmático". En la exposición de estos dos puntos de vista he tratado de ser todo lo imparcial posible, pues es éste un tercero y grave escollo en un trabajo de este género: no

dar a los adversarios la parte legítima que les corresponde. No me alabo de haberlo conseguido por completo. No puede uno "neutralizarse" hasta tal punto. Y, por lo demás, tampoco los que me lean podrán "neutralizarse" de tal suerte. Pero afirmo que mi intención ha sido ser todo lo imparcial que pudiera sin dejar de ser todo lo sincero que debía.

No he disimulado mis conclusiones puramente positivistas, aunque haya creído poder limitarme a indicirlas asaz ligeramente. ¿No era aquí lo esencial resumir los debates más bien que concluirlos? Pero he hecho todo lo posible por no ocultar las insuficiencias e incertidumbres que me parecen subsistir en las ideas por las cuales combato.

En primer lugar, porque creo que la actitud científica debe ser modesta y no aspirar a la infalibilidad de los múltiples dogmatismos a que se ha opuesto siempre y que tan peligrosos han sido a menudo para ella. Esta actitud no ha podido establecerse sino combatiendo por la tolerancia. Hoy que está establecida tiene para consigo misma el deber de practicarla. ¿No es la tolerancia la más bella de las virtudes intelectuales: la equidad y la justicia de la inteligencia?

Y además, ¿por qué, debido a que yo no experimento determinadas necesidades, he de querer que no las experimenten los demás o, por lo menos, he de encontrar censurable que las experimenten? Pretender moldear a los demás a la imagen de uno es ciertamente hacer excesivo honor al modelo. Todas las convicciones son respetables a condición de que sean respetuosas. Y sólo hay dos cosas que combatir en el terreno intelectual, porque son

las únicas nocivas: el dogmatismo y la intolerancia, en todas partes en que se les encuentre. La ciencia, por lo demás, que, como aquí se verá, reúne en puntos particulares—que son cada vez más numerosos y considerables—a los partidarios de las ideas más contradictorias sobre su alcance definitivo, es, por el espectáculo que nos ofrece actualmente, la tolerancia intelectual en acción. Y yo no me siento verdaderamente intolerante más que para el que la escarnece o no se toma la molestia de ponerse en serio contacto con ella. Es éste un reproche que no puede hacerse ni al cientifismo—evidentemente—ni al pragmatismo: la divisa del pensamiento filosófico contemporáneo verdaderamente digno de este nombre es el respeto de la ciencia y el esfuerzo por conocerla, cualesquiera que sean las reservas que se hagan sobre el alcance de su jurisdicción.

Febrero 1908.

## CAPITULO PRIMERO

### **El centro actual de las discusiones filosóficas.**

- § 1. Definición preliminar y provisional de la filosofía: esfuerzo por generalizar, profundizar, reflexionar y explicar. —  
 § 2. El método de los filósofos: la construcción dialéctica y conjetural; la dialéctica de los sistemas en la historia de la filosofía. — § 3. La filosofía que acaba: el verbalismo metafísico y la predicación moral. — § 4. El nuevo tono de la filosofía. — § 5. Sobre qué giran en el fondo todas las discusiones de la filosofía actual. — § 6. El verdadero interés de estas discusiones. — § 7. Los principales problemas de la filosofía actual. — § 8. Resumen y conclusión.

### § 1.—*Definición provisional de la palabra "filosofía".*

**S**i se quisiera recordar todas las definiciones que se han dado de la filosofía, no bastaría para ello este libro. Pero bajo todas esas acepciones se oculta forzosamente un fondo común. Sería de utilidad tratar de desligar y precisar éste.

¶ Cuando se piensa en un estudio filosófico, se piensa siempre a la vez en un estudio muy gene-